

Preguntas de Reflexión

- ¿Cómo describe tu experiencia con la adicción sexual la metáfora de San Francisco sobre el “fruto dañado”?
- ¿Qué te muestra la curación de Naamán sobre la humildad y la rendición?
- ¿Cómo la gratitud te protege de regresar a tus viejas conductas?

Bienvenido a Católicos en Recuperación

Estamos agradecidos de que seas parte de nuestra comunidad y te animamos a que sigas regresando

- Visita catholicinrecovery.com para ver una lista completa de reuniones disponibles, recursos de recuperación e información sobre cómo comenzar
- Te pedimos paciencia mientras traducimos más recursos y materiales al español
- Ten la seguridad de que tu participación y presencia en estas reuniones se mantendrán confidenciales.
- ¡Eres digno de libertad, una vida nueva y recuperación!

Lecturas Dominicales

Primera Lectura: 2 Reyes 5, 14-17

Salmo Responsorial: Salmo 98, 1, 2-3, 3-4

Segunda Lectura: 2 Timoteo 2, 8-13

Evangelio: Lucas 17, 11-19

**Vigésimo Octavo Domingo
del Tiempo Ordinario**



San Francisco de Sales usa una imagen que refleja la realidad de las personas recuperándose de la adicción sexual:

"Mientras los frutos no estén dañados, pueden conservarse, algunos en paja, otros en arena y otros en sus propias hojas; pero una vez que están magullados, es casi imposible mantenerlos sino en conserva con miel y azúcar: de la misma manera, la pureza que nunca ha sido herida o vulnerada puede mantenerse de muchas maneras, pero una vez que ha sido dañada, nada puede conservarla sino una excelente devoción, que, como he dicho a menudo, es la verdadera miel y azúcar espiritual" (*Introducción a la Vida Devota*, Parte III, Capítulo 12. Traducción de la versión en inglés).

La lujuria lesionó nuestra capacidad para la intimidad, la honestidad y la paz. No importa cuántas veces estábamos decididos a parar, nuestra fuerza de voluntad no fue suficiente. Como un fruto dañado, requeríamos de algo mayor: la dulzura de la misericordia de Dios, la devoción cotidiana y el compañerismo en la recuperación.

La literatura sobre la recuperación describe esta condición de manera clara: “En cierto punto... el más vehemente deseo de parar... es absolutamente infructuoso” (Alcohólicos Anónimos, p. 24). Nuestra esperanza no yace en nosotros mismos, sino en Dios.

La primera lectura de este domingo nos muestra una imagen de tal renuncia (2 Reyes 5, 14-15):

*Naamán entonces bajó y se sumergió siete veces en el Jordán,
Tal y como le había dicho Eliseo.
Su piel se puso suave como la de un niño
y quedó limpio.
Entonces Naamán regresó al hombre de Dios con toda su gente.
Entró y le dijo: “Ahora sé que no hay en el mundo otro Dios
que el de Israel.
Te pido que aceptes estos regalos de parte de tu servidor.”*

Naamán se resistió en un inicio, pero cuando se humilló, fue curado. En la recuperación, el Paso Uno reconoce que nosotros también somos “frutos dañados”, impotentes ante la adicción sexual. Sólo cuando nos sumergimos en la misericordia de Dios somos renovados.

Algunos de nosotros nos rendimos rápidamente después de pocos intentos fallidos. Otros fueron “dañados” por años de sigilo y desesperación antes de finalmente admitir la verdad. En cualquier caso, la sanación llega solamente por medio de la gracia de Dios.

En el Evangelio de este domingo, Jesús cura a diez leprosos, pero sólo uno regresa con gratitud (Lucas 17, 11-19):

*Uno de ellos, al verse sano, volvió de inmediato.
Llegó alabando a Dios en alta voz;
y echándose a los pies de Jesús, con el rostro en la tierra, le daba gracias.
Era un samaritano.
Jesús entonces preguntó: “¿No sanaron los diez?
¿Dónde están los otros nueve?
¿El único que ha vuelto a alabar a Dios, ha sido este extranjero?”
En seguida dijo al hombre: “Levántate y vete,
tu fe te ha salvado.”*

La sobriedad puede llegar por medio de la gracia de Dios, pero la libertad a largo plazo necesita de la gratitud y la devoción. La adicción sexual pierde su poder cuando continuamente regresamos a Dios para agradecerle, viviendo con honestidad dentro de la comunidad y compartiendo lo que recibimos gratuitamente. La gratitud nos mantiene vivos espiritualmente y conserva la sanación que Dios nos ha dado.